



UN RETRATO POR REMBRANDT.



Cuando Rembrandt tuvo en su presencia un anciano ámplio y magnífico vestido con seda y terciopelo, fácil en verde todavía, con aire noble y serio, larga barba blanca, sus movimientos, noble en su continente y en su mirada,

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO IV. 15.

debió quedar muy satisfecho como pintor. Echó sobre la imagen de aquel hermoso modelo todas las luces con que brillaba su paleta: generoso como un sol plateó la barba; hizo brillar los ojos, y doró con sus mas ricos reflejos todos los puntos salientes de su gorra y de su capa. El modelo y su familia no quedaron menos satisfechos que el pintor; y es claro que un retrato tan hermoso debía ser de un lindo efecto en uno de aquellos ricos salones holandeses del siglo XVI adornados con vastas tapicerías de vivos colores y de resplandecientes arañas de metal, iluminados por largas ventanas con vidrios tallados como el diamante en cuadrados por fuera con festones de parra y de flores. Lo confesamos sin embargo, á aquel opulento y digno personage, que suponemos perfectamente honrado en todas sus relaciones, preferimos los viejos de Rembrandt, pobres maltrapados, encorvados sobre alguna Biblia vieja, envueltos en una capa usada, en un rincón de un cuarto desmantelado y sombrío, sobre un escabel de madera torneado. Es que la poesía de Rembrandt brilla sobre todo en las humildes mansiones. ¿Quién no conoce, al menos por el grabado, el filósofo en meditación que se conservaba en el Museo del Louvre? Al final de un día cuyos últimos resplandores iluminan las vidrieras de una gran sala abovedada, un anciano ha separado su silla de un pupitre en donde se encuentra un crucifijo, un mapamundi, y una Biblia abierta..... una silla que en otro tiempo ha sido aproximada al lugar en donde está el anciano permanece vacía en el claro-oscuro: viene un amigo, un sabio doctor, un teólogo: han tratado un punto de doctrina, discutido..... el anciano habiéndose quedado solo vuelve á mirar el testo: lee, compara: despues disminuyendo

la luz entra en sí mismo, separa su silla: poco á poco cae en una profunda meditación olvidándose de todo, de la hora, del sitio, de él mismo..... fuera de su sitio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las dos manos apretando el respaldo de la silla como para asegurarse y no caer en el abismo á que le conduce la meditación, nada en medio de insolubles problemas, mientras que la luz va huyendo en los largos corredores que llevan á aquel lugar de retiro, y la luz que baja cada peldaño de las escaleras reteniéndose, espira por último.

¿Quién no recuerda tambien las pobres familias de Rembrandt? Sábese que había nacido en un molino en medio del campo. La costumbre que tenia de ver y tratar los hombres entre los aldeanos, le enseñó á no desestimar el populacho cuando mas tarde se estableció en Amsterdam. Mas y mas penetrante amaba con preferencia á los desgraciados, los miserables á quienes los demas tenían horror. Tomó sus tipos de las clases que no tienen ni buena crianza, ni política; empero ¿con qué talento, con qué tacto de corazón, con qué encanto, con qué respeto supo hacer preciosa la representación de las pobres habitaciones? Coloca la santa familia en toda casa, en toda cabaña del pobre; la llena de sol, de la moralidad del trabajo en familia, y rodea el trabajo del pobre de tales atributos que da envidia al sábio y al hombre favorecido de la fortuna. La mayor parte de los tipos de hombres del pueblo que se encuentran en los cuadros de Rembrandt no tienen á la verdad belleza física, pero son encantadores por la vida moral: tienen un alma, y esta alma, gracias al pincel y al talento del inmortal artista, es visible.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL TESTAMENTO.

I.—ESCENAS DE INTERIOR.

Entre las ciudades de los Países Bajos, Amberes es seguramente una de las mas hermosas y mas nobles: de buena gana la llamaríamos la *Gótica* y la *Española* si no se hubiese abusado de esos epítetos: pero Flamenca y Castellana no es menos soberbia y altiva asentada á la orilla de su río de rápida corriente, levantando en las nubes el haz de sus torres y ofreciendo un doble carácter distinto y notable.

Sobre el puerto todo es allí vida, movimiento, ruido: en las calles, en las plazas es seria y tranquila. Consagrada á dos instintos, el negocio y las artes, conserva las tradiciones de la antigua población alemana, y las de Rubens y de Van-Dick, y sus habitantes están organizados de tal modo que la esposición de un cuadro nuevo los pone tan en movimiento como la llegada de un navío cargado con los tesoros de las Indias. Los niños conocen allí á Java y á Malaca; pero conocen tambien y enseñan con orgullo la casa donde vivió Rubens, y las iglesias donde viven siempre las obras de aquel inmortal pincel. Los cuadros, las estatuas, las medallas, los preciosos manuscritos, son una herencia de familia en esta Florencia de los Países Bajos: las cole-

ciones se transmiten allí enriqueciéndose de raza en raza; y podríamos nombrar mas de una casa que por descuido ó por austeridad de principios, ha renunciado á todo lujo personal; empero que guarda en un modesto rincón obras maestras de Theniers ó de Van-Dick; que suspende á la cabecera de una cama un Cristo de Duquesnoy, y que revela á algunos pocos escogidos admitidos en el santuario, colecciones de una riqueza inaudita recogidas por el paciente gusto de muchas generaciones. La vida en esta ciudad severa tiene una nobleza tranquila, que no altera jamás el deseo de aparentar; y los mismos artesanos parecen participar de la dignidad de que están llenos los hombres y los monumentos. Los que hayan estado en Amberes nos perdonarán esta pequeña digresión.

Debemos al comenzar esta historia retrogradar y transportarnos al año de 1619 cuando el cardenal Infante gobernaba los Países Bajos en nombre del rey de España. La noche del 31 de diciembre se hallaba muy avanzada. Caían espesos y lentos copos de nieve; y solamente se veían en la calle algunos bebedores rezagados: todas las casas se hallaban cerradas, y las lámparas que ardían en las esquinas delante de las imágenes de la Santísima Virgen brillaban solas en la oscuridad. La voz del sereno ó vigilante que anuncia las horas desde lo alto de la torre de Nuestra Señora alteraban únicamente el silencio. Aca-

habían de dar las once en las iglesias de las parroquias y de los monasterios, la nocturna tranquilidad era cada vez mas profunda.

Sin embargo, estaban despiertos y velaban todavía en una de las hermosas casas de la plaza de Meir: y el transeunte hubiera podido distinguir un débil resplandor penetrando al través de las persianas del piso bajo. Aquella casa era la del señor Tillegheem, consejero del tribunal soberano de Brabante, revestido además con todas las dignidades municipales que los nobles flamencos dividían con los ciudadanos y los mercaderes. Aunque había sonado la hora de la queda y de apagar el fuego hacia mucho tiempo, el anciano magistrado no había buscado todavía el descanso.

Permanecía sentado al lado del fuego en un rico y soberbio salón. No se hallaba solo: al otro lado de la maciza mesa se hallaba colocada una joven que con la frente inclinada y los ojos bajos parecía leer atentamente en un gran libro. Una mirada observadora hubiera descubierto en ella una inquieta preocupación. Sus dedos no volvían las hojas del libro; sus ojos no seguían los renglones; pero de tiempo en tiempo levantándose con timidez interrogaba la frente del anciano. Este miraba meditabundo los encendidos tizones que se consumían en la chimenea, prestaba su oído á los sofocados ruidos de la calle, y daba pruebas visibles de una violenta impaciencia.

—¡Las once! exclamó por último; ya es demasiado: demasiado bueno he sido para ese hijo desobediente.

—Padre mío, oigo pasos, dijo Luisa cuyos miembros se hallaban agitados con un temblor nervioso. Es Jorge, ya está ahí.

Un aldabonazo hizo resonar el vestíbulo. Abriéronse muchas puertas y se oyó la voz de un criado que decía:

—El señor consejero os aguarda y desea hablaros, señor Jorge.

Abrióse la puerta del salón, y se veían en la antesala muchos viejos criados con aire triste é inquieto, y un joven entró con un continente en que el atrevimiento natural se mezclaba con el embarazo del momento.

Era un hermoso caballero de noble talle, á quien el pintoresco vestido de aquella época sentaba á las mil maravillas. Empero una extraña espresion indefinible desfiguraba aquel bello rostro: un visible desorden manchaba aquellos ricos y graciosos vestidos. Los vicios y las pasiones habían cogido ya en sus redes á aquel joven vástago de una familia, mas ilustre todavía por sus virtudes que por sus honores. Todo era hermoso en él; empero todo estaba degradado.

—¿De dónde venís? dijo el anciano magistrado clavando sobre su hijo una mirada penetrante y severa.

Tartamudeó el joven.

—¿No estais en estado de responderme? ¡Vergüenza! Retiraos: mañana os hablaré.

Jorge no añadió ni una palabra y se marchó. Luisa lloraba. Su padre la miró, y colocando su mano sobre su cabeza con afecto, la dijo:

—Bendígate Dios y sus santos ángeles; vete á descansar, hija mía.

—¿Y Jorge?, querido padre.

—No me hables ni una palabra de él... pide á Dios por él. A la mañana siguiente á las ocho, Luisa aguardaba ya

ante la sala de su padre, y volvía frecuentemente la cabeza hacia el largo corredor que iba á dar al cuarto de Jorge.

Presentóse éste por último, empero pálido, tranquilo y grave: sus vestidos se hallaban dispuestos con esmero; y su color oscuro anunciaba la austera profesion á la que se destinaba aquel joven. Su hermana le alargó la mano con gravedad y le dijo en voz baja:

—Entremos; mi padre está despierto.

Y volviendo sus ojos hacia el cielo añadió mentalmente: ¡Virgen Santísima, orad por nosotros!

El señor Tillegheem recibió con bondad las caricias de su hija; pero cuando á su vez llegó á arrodillarse delante de él su hijo diciéndole:

—Padre mío, dadme vuestra bendición: el severo anciano replicó vivamente:

—¿Me la pedís en nombre de vuestra obediencia? caballero.

—Padre mío.....

—Respondedme, ¿dónde habeis pasado la noche de ayer? ¿En la taberna?

—No, padre mío, no he salido del taller de Brouwer, y Franz Hals nos ha hecho compañía.

—¿Sin contar con las copas y los frascos? Parece que os complacéis en desafiarme, porque no ignorais que entre todas las compañías indignas de vuestra gerarquía y de vuestra fortuna os he prohibido sobre todo la de esos pintores y artistas, tales como Brouwer y Franz Hals, que ahogan en el fango de los placeres innobles el genio con que los dotó el cielo. ¿Lo sabeis, si ó no? Si teneis afición á las artes buscad á Rubens, tan noble de corazón como de talento y nacimiento. Id á ver en su pobre celda á fray Snyders, tan santo religioso como grande artista. Empero Brouwer..... ¡Empero Hals! Arrastrais á la vez en el lodo el nombre de vuestros antepasados y la toga que debeis llevar un día.

—Al buscar esos artistas, padre mío, yo no quería buscar mas que un instante de placer.

—El árbol de los placeres prohibidos, señor mío, jamás ha producido mas fruto que la vergüenza... Pensadlo bien! comienza un nuevo año; pero podrá volverse el último año de indulgencia, el último año de ternura paternal:... os lo concedo como una prueba.

—Padre mío, exclamó Luisa con un tono gracioso y casi alegre, aunque su corazón se hallase entristecido; padre mío, que este año no comience al menos para mi hermano, sin que vos le hayais bendecido.

—Si, padre mío, dijo Jorge; perdonad mis locuras y bendecidme.

—Querido padre, ¿cómo quereis que se enmiende Jorge si Dios, mi buena madre que está en el cielo, y vos, no le animais?

—¡Padre mío!... añadió el joven con tono suplicante.

—¡Pues bien! si, yo os bendigo todavía una vez, y ojalá mi bendición haga vuestra alma fecunda en virtudes: la paz sea con vosotros: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amen.

Una hora despues de esta conversacion, en tanto que el señor Tillegheem recibía la visita del burgomaestre Rockorx, su antiguo amigo, el hermano y la hermana se paseaban en una larga galería, cuyas paredes estaban adornadas con los retratos de los señores de Tillegheem. Aquel-

los lienzos, ora fuesen ligeramente bosquejados por un bárbaro pincel, ora llevasen la firma de los Metzys, de los Otto-Venyus, ó Jordanes, tenían todos entre sí un aire de familia, y el parecido hereditario prolongado á través de tantos siglos que reflejaba todavía sobre la frente de los dos jóvenes.

Jorge hablaba con animación.

—No, decía; no podré ser feliz aquí: todo me fastidia, me hiela, me desagrada.

—¿El qué! ¿la casa de vuestro padre?

—¡Oh hermana mía! Para tí, ella es un paraíso; para mí, es una prisión. Yo aquí estoy dominado sin cesar por una voluntad imperiosa; encadenado al trabajo, que detesto; destinado á un porvenir contra el que me revelo.

—Pero tú sabes que en nuestra familia...

—Sí, sí, replicó Jorge irónicamente; el primogénito está siempre destinado á la toga; el mediano á la Iglesia... prudente arreglo...

—¿Pues no es un noble destino? Mira, hermano, los retratos de nuestros abuelos: su ejemplo prueba que la toga que te está destinada basta á contentar una legítima ambición. Mira ahí á Juan de Tillegem, canceller de Brabante, que hizo presente al rey Felipe II, con riesgo de su vida, las quejas y los lamentos de sus súbditos. Mira ahí á Felipe, nuestro abuelo, que fué asesinado por los calvinistas en odio de la verdadera fé. Mira ahí, en tiempos mas remotos, á Nicolás de Tillegem, el consejero, el amigo, el brazo derecho de Juan IV, el poderoso duque de Brabante. Mira ahí á Pedro, abad de San Miguel, ha muerto en olor de santidad, y se han visto milagros sobre su sepulcro...

—¡Hermana mía, todo lo comprendo! No ambiciono esa pacífica gloria. Si mi corazón palpita tan fuerte no es para sofocarlo bajo una toga encarnada ó negra. Y no es la toga rodeada de armiño la que dará descanso á mi frente: necesito otra cosa: el aire, los viajes, la guerra. El gabinete guarnecido de libros y pergaminos, en que mi padre quiere que me encierre, es un sepulcro; ¡la vida está en otra parte!... Necesito el mar y sus inmensos espacios; las Indias con sus buques y sus tesoros. Me ahogo en esta casa vieja: me muero bajo esta austera tutela! Y si alguna vez pido á los groseros placeres, á las vulgares compañías, algunos momentos de ilusión y de olvido, es para soñar que soy libre, es para olvidar que me hallo encadenado.

—Hermano mío, te conjuro á que deseches tan fatales ideas.... La libertad real, decía nuestra madre, está en el alma: el que domina sus pasiones es siempre libre; el que las obedece es esclavo aunque ocupe un trono. Jorge mío, obedece á nuestra madre, á fin de que las promesas que Dios ha hecho á los hijos sumisos y obedientes, se verifiquen contigo.

—Trataré de hacerlo; pero....

—No hay pero que valga: yo rogaré por tí á la Santísima Virgen y á nuestra pobre madre.

II.—FIN DEL AÑO.

Aquel año comenzado bajo tan malos auspicios, pasó triste y rápido cual un torrente que asola sus márgenes y arrastra la esperanza de las mieses y de los vergeles. Jorge mostró algunas veces algunas veleidades de estudio y de gustos serios; empero pronto el febril ardor de

su alma le arrastraba de nuevo lejos de la casa paterna, y los placeres de sus días se prolongaban hasta la mitad de las noches. Entonces Luisa velaba: aguardaba inquieta la vuelta de su hermano: trataba de hacer pasar en el corazón del joven un poco de ternura, un poco de arrepentimiento... gotas de aceite que debían aplacar por la mañana la cólera del señor de Tillegem.

Irritado éste por las locuras de su hijo, tan querido en otro tiempo, sentía cada día la tibieza del desafecto acumularse en torno de su corazón. Una tempestad se iba formando entre aquellos dos seres que la naturaleza había unido, y que dividían las pasiones. Jorge se abandonaba cada vez mas y mas á su curso, y el anciano se atrincheraba cada vez mas y mas en esa autoridad paterna cuya severidad desafiaba el joven. Tocaba el año á su fin; empero antes de que hubiera espirado, la desgracia tan largo tiempo presentida había estallado. Una noche, Jorge aguardado por su hermana con angustia, por su padre con sombría impaciencia, no había vuelto.... Entregaron una carta al anciano magistrado.... era de la letra y puño de su hijo. Decía que teniendo derechos que la edad le concedía, abandonaba la casa paterna; que abandonaba asimismo la carrera que le había impuesto; y que quería ir á tentar fortuna en el camino á que su inclinación le llamaba. Solicitaba brevemente el perdón de su padre, y la amistad de Luisa.

Aquella carta arrojó en la casa una sombría tristeza; pero cuando pocos días despues, un procurador vino á nombre de Jorge de Tillegem á reclamar su parte de la herencia materna, cuando se supo que el hijo rebelde, valiéndose de una libertad tan caramente comprada, acababa de casarse con una joven de la condición mas oscura.... á aquellas nuevas muestras de ingratitud y desobediencia, estalló de un modo funesto y terrible la cólera del padre, tan largo tiempo comprimida. A pesar de las súplicas de su hija, postrada delante de él, pronunció en alta voz una solemne maldición, entregando al indócil hijo á la venganza divina, y deseando que las pasiones, causa de su caída, fuesen también la causa de su constante infortunio.

Luisa no oyó mas. Había caído casi muerta á los pies de aquel padre de quien ella iba á ser en lo sucesivo ya su única hija.

III.—EL HIJO MALDITO.

Desde aquel día, el recuerdo de Jorge se borró enteramente de las conversaciones de su familia: su nombre fué borrado del árbol genealógico de los Tillegem: su retrato, quitado de la galería, se envió á los oscuros guardamuebles: su cuarto se cerró, y se prohibió á los criados pronunciar su nombre. Parecía que su falta había destruido hasta el recuerdo de su existencia; no se hablaba ya de él en aquella casa, de la que tanto tiempo había sido la alegría y el orgullo, cual si jamás hubiese existido, ó cual si muerto despues de algunos años, hubiese venido á caer su memoria bajo los helados velos del olvido. Pero sin embargo, parecido á aquel espectro sentado en el banquete de Macbeth, su imagen se levantaba derecha sin cesar entre el padre y la hija: escitaba en el uno un amargo y profundo resentimiento; en la otra una compasión



sin límites. Empero, ¿qué podían la compasión ni el fraternal amor de la pobre joven contra la indignación de un padre tan cruelmente ofendido? Solo Dios, ese Padre indulgente con las faltas de los hombres, era el que oía y escuchaba los secretos dolores de la afligida doncella. Ella, único objeto del amor del noble magistrado, veíase colmada de todos los bienes que contentan los deseos sin satisfacer el corazón. Aquella solitaria y modesta joven, que vivía lejos del mundo y de sus festines, se hallaba agobiada de todas aquellas preciosas fruslerías que la vanidad envidia; pero sus alhajas dormían en el fondo de un armario de ébano, y el oro de su bolsa corría inagotable á las manos de los infelices. A veces, contemplando aquellas vanas riquezas que su padre la prodigaba, se decía á sí misma: tal vez Jorge tiene necesidad. Pero ignoraba la suerte de aquel hermano querido, de quien nadie le hablaba ni daba noticias suyas, y no era esta la menor pena de su corazón, que no alejaba sino con las mas puras y dulces afecciones de la familia.

Un día de otoño después de comer se hallaba Luisa sentada cerca de una de las ventanas bajas de la casa que daban sobre un patio exterior, y con ágil pie hacia dar vueltas á la rueda cargada del fino hilo que devanaba delante de ella. Vestida de negro, hermosa como una belleza tranquila y sencilla, y colocada en el alfeizar de aquella ventana cuyo gótico arco sobrecargado de un festón de piedra le formaba una especie de marco, parecía aquella joven el modelo de una de las mas suaves y deliciosas creaciones de Mieris: toda su existencia respiraba modestia y candor, sencilla piedad, y virtudes domésticas: era un cuadro amable é interesante..... Tal vez su vista arrancó un suspiro del seno de un joven que habia entrado furtivamente en el patio. Aquel suspiro hizo alzar los ojos de Luisa, y se le cayó el hilo de las manos.

—¡Cielos! dijo, ¿eres tú de veras? Jorge, hermano mio!

—Soy yo, dijo, hermana mia, y se estrecharon las manos.

—Entra, dijo en voz baja.... mi padre.... nuestro padre está ausente..... Se halla en el consejo de Bruselas; entra, te lo suplico.

—No, respondió Jorge con orgullosa tristeza; no pasaré el dintel de esta puerta.... ¿No soy yo el hijo desterrado, maldito?

Se apoyó sobre el borde de la ventana, y algunas amargas y ardientes lágrimas cayeron sobre la piedra; pero reponiéndose inmediatamente sacudió su frente pálida y sus largas melenas, ya algo claras, y replicó:

—He querido verte, mi buena hermana, antes de marchar á un viaje que será largo: mañana me embarco para las Indias. Mi muger y mis hijos van á Tréveris á casa de algunos ancianos parientes, y yo voy á buscar fortuna.... ves que la necesito.

Echó una mirada sobre sus gastados vestidos, y se rió con una risa mas triste que las lágrimas.

—¡Oh hermano mio! exclamó Luisa con dolor: ¡cuánto siento no poder hacer nada por tí! ¡Ah! si nuestro padre se dignase ceder.....

—Le he ofendido: usa de su derecho, y no me quejo.

Salió un instante Luisa: después volvió trayendo en sus manos un pesado cofrecillo: lo abrió. Encerraba joyas de valor; un pesado reloj guarnecido de perlas; un collar de brillantes; una cruz de rubíes; y muchas riquísimas sortijas.

—Hermano mio, dijo, esto me pertenece, y puedo disponer de ello. Ojalá este débil socorro pueda servir de base sólida á tu fortuna futura.

El joven desechó las alhajas.

—Bastantes males, dijo, he causado; no causaré este. Guarda, hermana mia, lo que has recibido de tu padre; para mí me sobra todavía con la débil parte de la herencia de nuestra madre.

Quiso insistir Luisa, pero fué en vano. Su hermano, después de haber echado una larga mirada sobre la casa de sus antepasados, apretó la mano de la joven, y la dijo:

—Adios, hermana mia, sé feliz.

—Jorge, ¡ay! ¿serás tu feliz?

—Tendré la dicha que haya buscado.

—¿Serás tú feliz?

No respondió, y bajó hacia el suelo una taciturna mirada.

—Adios! repitió.

—Hermano mio, ¡adios! y valor.

Salió: habia sembrado vientos; recogía tempestades.

IV.—LA PETICION DE MATRIMONIO.

La vida volvió en aquella casa á tomar su acostumbrado curso; pero Luisa se hallaba mas triste y mas inquieta. Cuando el viento soplabá y levantaba las olas del Escalda, y la tempestad agitaba hasta en el puerto los mastiles de los navíos pensaba en Jorge, Jorge espuesto á los peligros de la mar. Una vez, durante una de esas noches de tempestad, sola con el magistrado, y sabiendo que la voz pública le habia instruido de la marcha de su hijo, se atrevió á decir:

—El buque en que va mi hermano tal vez se halla en peligro.

—Ya sabeis, respondió el anciano, que no teneis hermano; ni yo tengo mas hijo que vos.

—Padre mio, vuestras bondades me penetran; pero el pobre Jorge.....

—Luisa, acordaos que el que escusa la rebelion está próximo á tomar parte en ella..... Acordaos tambien que está prohibido el hablar de ese asunto en mi casa.

No se atrevió Luisa á arriesgar otra tentativa. Todos los dias espiaba la ocasion favorable. Buscaba una coyuntura por donde palabras de paz y de reconciliacion pudiesen penetrar hasta el alma de su padre; empero sus esfuerzos eran inútiles.

Cinco años habian pasado desde el momento en que Jorge habia abandonado el paterno hogar. El señor de Tillegem, agobiado menos aun por los años que por los largos trabajos y el roedor pesar que llevaba en su seno, sentia declinar rápidamente sus fuerzas y su vida. Habia renunciado á los diversos empleos que ocupaba; pero tenia frecuentes entrevistas con gentes de negocios. Por último, un dia hizo llamar á Luisa á su gabinete. Fué esta á ponerse á sus órdenes; y cuando estuvo delante de él le dijo con afabilidad:

—Hija mia, la edad adelanta para mí, y desearia antes de abandonar el mundo verte felizmente casada; y entre los partidos que se han presentado he elegido uno, es el conde de Vivario.

Ruborizóse Luisa al oír aquel nombre. Pablo de Vivario era el heredero de una de esas familias españolas que Carlos V llevó á los Países Bajos. Lo habia encontrado con

frecuencia; parecía valiente y leal, y su recuerdo había dejado una favorable huella en la memoria de la joven.

—Este matrimonio, continuó el señor de Tillegem, es aceptable bajo todos aspectos. Vivario es de una antigua nobleza: su fortuna es igual á la que poseeréis un día, única heredera de los bienes de tu casa: hacen grandes elogios de su conducta y de su carácter. Puedo pues esperar que seréis feliz, tanto cuanto es posible serlo en este miserable mundo.

—Padre mio, dijo Luisa cogiendo las manos del anciano, mi querido padre, yo no deseo mas felicidad que la que disfruto á vuestro lado. ¿Por qué queréis alejaros de vuestra hija? Permitid que os suplique rompais ese proyecto, y me dejéis toda entera consagrarme á los únicos deberes que quiero conocer, á las únicas alegrías que quiero aceptar.

Reflexionó el magistrado. Habitudo á los cuidados de su hija conoció anticipadamente la privación; y el egoísmo, que sin saberlo se mezcla siempre á las mas puras ternuras, aconsejaba como Luisa: ¿por qué alejar á vuestra hija?

—¿No deseáis casaros?

—No, padre mio.

—¿Os disgustaria Vivario?

—Lo conozco poco..... lo aprecio.... pero ninguna suerte puede ser mejor para mí que la que poseo. Y al decir estas palabras, Luisa había bajado los ojos, tal vez cómplices de su corazón, y que hubieran descubierto algunos pesares.

El señor Tillegem replicó:

—Queréis ser la fiel compañera de los ancianos días de vuestro padre, hija mia: Dios que os inspira esa voluntad os bendiga, y que el designio que os pone en el corazón se verifique.

Besó Luisa la mano de su padre, y salió del gabinete. Bien pronto, seguida de una antigua criada, fué á la catedral donde oró largo tiempo.

V.—LA MUERTE.

Los presentimientos del anciano magistrado no le habían engañado. Dos meses después de esta conferencia con su hija fué atacado de una apoplejía. Salvado de la muerte por sus inteligentes cuidados, permaneció sin embargo presa de una parálisis casi completa; pero aun en las puertas de la eternidad había rehusado aquel perdón que imploraban para un culpable hijo las lágrimas de Luisa y las exhortaciones de un virtuoso sacerdote.

Con el corazón desolado, con la frente tranquila, Luisa continuaba cuidando esmeradamente á su padre, cuyos días alargaba la ternura de su amor filial.

Una tarde de otoño, después de comer, hallábase sola con el anciano, que recostado en un gran sillón, tieso, inmóvil, apenas había conservado de la vida mas que una mirada inquieta y glacial: trató de hablar, y dijo con una voz incierta, entrecortada:

—Leed un capítulo del Evangelio.

Cogió Luisa el divino libro, el precioso volumen, donde el incrédulo encuentra la fé, el débil la fuerza, el moribundo la esperanza. Abriólo con respeto. La invisible mano de un ángel había sin duda guiado la suya, porque el Nuevo Testamento se hallaba abierto en la parábola del Hijo pródigo. La leyó ella con una voz conmovida: dijo los errores del insensato joven; el padre abandonado; la herencia disipada; la miseria y la vergüenza cayendo sobre la

frente del rebelde hijo; el hambre que roe las entrañas, los pesares amargos que se alzáran en su alma; el dulce pensamiento de la casa paterna tan locamente abandonada: llegó á aquel grito del corazón: «me levantaré, é iré hacia mi padre y le diré: padre mio, pequé contra el cielo y contra tí.»

Levantó los ojos: escuchaba su padre. Volvió á tomar el sagrado libro: contó como á aquel padre enternecido con la ausencia, y reconociendo á su querido hijo bajo la librea de la indigencia, lo acogió, lo acarició con lágrimas en los ojos, y abrazó al Pródigo postrado á sus pies: su voz se confundió en los sollozos, cuando leyó las últimas palabras del Salvador: «Es preciso alegrarnos, porque vuestro hermano que estaba perdido ha sido hallado; estaba muerto, y ha resucitado.»

Cayósele de las manos el libro á Luisa: postróse de rodillas delante de su padre, diciéndole con voz penetrante:

—¿Jorge, padre mio, perdón!... ¡Oh! perdón... en nombre de Dios que perdona.

Habíase roto la valla... Dios mismo había hablado: el señor de Tillegem hizo un esfuerzo para levantarse: sus labios paralizados se entreabieron y dijo:

—Perdono á mi hijo.

Después volvió á callar. Su alma había volado con aquel supremo esfuerzo, y compareció delante de aquel juez que ha dicho: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.»

VI.—EL TESTAMENTO.

Tres meses después de la muerte del señor de Tillegem, muchas personas se hallaban reunidas en su casa, en medio de un salón cubierto de negro. Luisa parecía en el centro de aquel grupo. Al lado de ella estaba el maestro Pauwells, el notario de la familia, muchos ancianos parientes, y un sacerdote confesor de su padre y suyo. Sobre la mesa, al lado de un pesado tintero de plata maciza, veíase un pergamino doblado, atado con muchos sellos, y que llevaba estas palabras: *Este es mi testamento, Jacobo Tillegem.*

Reinaba el silencio: todos aguardaban. Luisa levantó por último los ojos, y dirigiéndose al notario le dijo:

—¿Asegurais, pues, que ha vuelto?

—Sí, señorita. Su navío *La Esperanza* ha entrado en Flessinga, y allí ha debido recibir su mensaje.

—Es mucha tardanza, dijo uno de los parientes ancianos: hubiera debido proceder por vía de delegación.... Además, añadió en voz baja y echando una ojeada sobre el misterioso testamento, yo no pienso que tendrá necesidad de salir de indiviso.

Luisa no dijo una palabra. Oyéronse pasos en la escalera. Abrióse la puerta, y entró un hombre precipitadamente. ¿Quién hubiera reconocido al hermoso Jorge de Tillegem, tan gracioso y tan elegante antes, en un hombre en quien todo anunciaba una prematura vejez, la áspera pobreza y los terribles pesares? Sus vestidos anunciaban que no había encontrado en las Indias aquella tan codiciada fortuna; su rostro devastado, había tomado una expresión dura, casi feroz. No respondió á su hermana que le daba la bienvenida y le alargaba la mano: pero después de un momento de silencio, dijo con amargura:

—Vengo á asistir á vuestro triunfo, Luisa.

—¿Mi triunfo?

—Sin duda no lo hareis; vos, la niña mimada, favorecida, y enriquecida con todos los derechos....

—Silencio, señor mio, dijo el anciano sacerdote; y sabed que si estais honrado con el perdón de vuestro padre, vuestra hermana sola lo ha obtenido.

Jorge no dijo mas ya. Se sentó, y ocultó su rostro entre sus manos.

Levantóse el notario despues de haber saludado á los concurrentes, y dijo:

—Estamos aquí reunidos para tomar conocimiento de las últimas voluntades del noble y honorable señor Jacobo de Tillegheem. Vamos á proceder, pues, á la lectura de este acta.

Tomando entonces el testamento, rompió los sellos y leyó:

«En el año del Señor, mil seiscientos veinte y dos, el día veinte de agosto, Yo Jacobo de Tillegheem, hallándome en el pleno y cabal uso de mis sentidos y conocimiento, en completa salud, he escrito de mi mano estas últimas disposiciones.

«Habiendo recibido de mi hijo Jorge las mas graves ofensas, y no habiendo encontrado en su conducta ni virtud, ni obediencia, ni juicio, declaro por el presente hecho y firmado de mi mano, que le privo de todos sus derechos á las herencias y sucesiones que he recibido de mis antepasados, y que he aumentado con mis propias adquisiciones; y que lego estos derechos á María Luisa Tillegheem, mi querida y amada hija.

«Lego asimismo á mi hija muy amada, todos los bienes muebles é inmuebles de que sigue la enumeracion.....»

Reinó un profundo silencio. Hallábase pálido Jorge, y apretaba su sombrero entre las manos crispadas.

Luisa se levantó y dijo con voz tranquila:

—Maestro Pauwells, ¿la fortuna de mi señor padre es mia? ¿Me pertenece?—¿Y puedo disponer de ella libremente?

—Seguramente, señorita. El acta está en debida forma.

Luisa cogió el testamento y lo rompió, arrojando los pedazos al fuego. Despues dijo, á su hermano:

—Jorge, ¡mi padre te había perdonado! Cumpló con su última voluntad, que no ha podido manifestarte.

Dividamos estos bienes, querido hermano, y seamos felices.

VII.—MATRIMONIO.

—Es preciso que esta muchacha sea mi hija; decia la viuda de Vivario, al anciano notario Pauwells, que acababa de referirle la conducta de Luisa.

En efecto, aquella misma noche la anciana dama, tuvo una larga conferencia con la jóven: la abrazó muchas veces llamándola su Luisa, su querida hija, y se separó de ella toda enternecida.

—Entonces, mi querida señorita, dijo el anciano sacerdote á quien la señorita de Tillegheem confió el secreto de su próximo matrimonio; ¿por qué habeis rehusado á ese jóven cuando vuestro padre os lo propuso para marido?

Respondió Luisa con esa humildad que es el apoyo de la virtud:

—Las intenciones de mi padre me eran conocidas, y yo desconfiaba de mí misma. Casada, madre de familia, teniendo numerosos y urgentes intereses que sostener, tal vez yo no hubiera oído la voz de la justicia..... tal vez hubiera sacrificado mi hermano á mi deber.

—¿Pero renunciábais á lo que constituia vuestra felicidad?

—No era eso lo que yo debia hacer? respondió con candor.

Se casó: fué feliz y honrada. Su hermano, semejante á aquel árbol de quien habla el Evangelio, que fué herido con la maldicion divina, se secó sin producir frutos: su hermano, en fin, languideció; despues murió en la flor de sus años, víctima de sus pasiones, y agobiado bajo el peso que hace inclinar las mas altivas frentes,—el remordimiento de una falta irreparable.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

EL PRIMER PASO DE UN NIÑO.

En Pompeya vió el pintor Staal con su rica imaginacion esa dulce escena de familia que sonríe á nuestro corazón y á nuestros ojos. Pompeya debe á su infortunio la celebridad que le hará vivir eternamente en la memoria de los hombres, y las ficciones poéticas que recuerdan la seguridad y la felicidad de sus antiguos habitantes adquieren realce con el recuerdo de su carácter cual una viva claridad en el fondo de las tinieblas. ¿No seria acaso en la misma mañana de aquel día fatal cuando ese hermoso niño, rodeado de tan graciosos cuidados, dirigiria hácia su madre sus bracitos inquietos y vacilantes?

Risas argentinas y alegres exclamaciones animan sus esfuerzos. ¿Qué turbacion, sin embargo, no se mezcla en el tierno éxtasis de la madre! Su hijo anda, es un hombre: le admira, está casi envanecida de su osadía; pero ella no le sentirá ya estremecer incesantemente con confianza y temor en su seno. No estará solo ya mas con ella: el pri-

mer paso es un principio de libertad y de independencia: detrás de ella el jóven esposo mira sonriendo, y sueña, y medita:—¿Qué será de este niño? ¿Cuál será su destino?... ¿El de un poeta, el de un orador, ó el de un héroe?—Pero en tanto que ya su amor paternal trata de adivinar el porvenir en aquella primera señal de la voluntad y de la fuerza, en tanto que el niño cae en los brazos de su madre que le recibe estrechándole con felicidad, ¿no ois á lo lejos el rayo que ruge en los costados del Vesubio? ¿No veis lanzarse del cráter los primeros vapores de ese torrente de fuego que en algunas horas saldrá furioso, se elevará al cielo, volverá á caer sobre la tierra en olas de lava que devorarán los campos y las ciudades? No, Pompeya está tranquila, confiada, feliz; no cree en esos presagios siniestros demasiado conocidos: no los oye, no los vé: desvanécense cual confusos sonidos, cual ligeras sombras en medio del risueño brillo del día y del acostumbrado murmullo de las voces y los carros. Aquella tarde las nubes de ceniza cayendo sobre la ciudad, sepultarán de pronto en uno de los pliegues de su fúnebre mortaja al niño, á

los jóvenes esposos, á sus riquezas, sus mármoles y sus flores. Quedaron reunidos en la muerte cual lo estaban en la vida, y se despertaron enlazándose todavía con sus brazos sobre otra ribera. ¿Hav que compadecer su suerte? ¿Cuál es realmente la grande amargura de la muerte? ¿No es la separacion? Felices, pues, los seres tiernamente uni-



• El primer paso de un niño.

dos en esta crisis inevitable y suprema, que no son separados en los abrazos que se dan sino per un soplo impre-
visto, rápido, en el que la divina voluntad los arrebatá
juntos al través del oscuro pasage hácia las moradas de
las amistades eternas.